



CUATRO AÑOS PASAN VOLANDO ©Alfonso López Domínguez

Es la frase más bonita que se puede escuchar en estos días. Esta semana contamos con la grata y novedosa presencia de mi buen amigo Antonio Montes, que al fin se decide a obsequiarnos con su medida y prudente prosa, y que espero se prodigue en lo sucesivo, puesto que las voces oficiales de la derecha rondeña se hallan aletargadas o dormidas, incapaces de articular algo más que sonidos extraños o monosilábicos murmullos, más parecidos a gruñidos o runruneos que a discursos articulados, y siempre ajenos al mensaje congruente del que tan faltos andamos.

Pero bueno, siempre hay gente dispuesta a dar la cara por un ideal, no para hacerles el trabajo a los profesionales de la política, a los demandantes de poltrona y sueldo, sino para expresar digna y honradamente lo que se siente y se entiende respecto a la realidad social que nos rodea. Curiosamente, son los descastados (cómo un infame comentario puede llegar a ser tan gracioso) los que más dan y más luchan por sus ideales, sin pedir nada a cambio, como no sea el derecho a expresarse libremente.

Luego están los perrillos de las praderas del canal Natura. Da gusto verlos cómo salen de las madrigueras al olor de las doce mil vacantes que los perplejos salientes tienen que dejar a la breve sombra de las acacias. Helos ahí empinados sobre sus extremidades inferiores, con las patitas por delante, erguidos y olisqueando el horizonte por si les cae algo. Qué gran invento, el de la libre designación. Claro que también están los que llevan gastadas fortunas en homenajes y parabienes, prestaciones de omertá y visagrazos varios, para que al final sólo les quede... la libre resignación.

Qué contentos están los socialistas rondeños, cuando de Ronda a Madrid o a Sevilla van raudos y veloces en el Talgo Altaria o en el coche oficial que pagamos entre todos, sin ver más que un eterno mar socialista de olivares y trigos sin puños y sin rosas, de pueblos que de blancos se han vuelto grises, de gentes cada vez más esquivas y desconfiadas... Qué dulce el sopor, qué tibio el placer, qué amables las sensaciones que embargan a quienes se sienten ya comensales del inmenso pesebre, establo ecuménico, almacén de piensos universal en que se ha convertido (han convertido) la política...

Pero, volvamos a la realidad, antes de que nos manden partir hacia alguna dehesa lejana a rebuscar la vida entre aulagas y majuelos, genistas y cornicabras, jaguarzos y jaras, allá por donde deambulan barzoneros sin rumbo y sin modos, o por donde se agazapan pequeños y medianos carroñeros embrutecidos de endogamia.

Pero ¿a qué realidad hemos de volver? ¿a la del reinicio por decreto de expedientes urbanísticos caducados o archivados? Es que resulta que ahora son escrupulosos los que antes convivían con los supuestamente laxos... hay que ver qué gente, y claro, no puede quedar sombra de duda o mácula, porque entonces no estaban en el gobierno, qué va, ni se aprovecharon de lo lindo de la debilidad política de sus rocambolescos socios. Qué filón para un arqueólogo irredento, qué exhumación más productiva, qué fructífero yacimiento para estudiar... o quizás para expoliar. Mi amigo Manolo, otrora defensor a ultranza, ahora también víctima, nos podría aclarar algo al respecto.

Tal vez debamos volver a una realidad copada por ejércitos de agentes de la autoridad, Ronda convertida en diurna pesadilla orweliana. ¡Ampliemos la plantilla, más, más, más! hasta llegar al paroxismo y el frenesí ampliatorio. Mientras, los sábados por la noche, el centro se ve ocupado por los vándalos, que agreden, insultan, tiran barricadas a rodar por las calles, despojan a una estructura en construcción de sus puntales, con el terrible peligro que algo así conlleva, y pasan en fin alegres e impunes por la vida, tan regalada y tan provechosa que disfrutan a costa de los demás, sin que nadie los detenga y los enmiende.

Podrían divertirse recogiendo los escombros y basuras que ornan carriles y cañadas, zonas verdes y pinares, arroyos y chorreras, canchales y cascajeras, es decir, la naturaleza, más muerta que otra cosa, que nos cerca y nos rodea, orlada de mil puntos sucios y tan sólo uno limpio: el cielo.